

cada día en orden á los más arduos problemas de gobierno con políticos capaces y expertos, y á mayor abundamiento, su sistema de vida y su régimen doméstico habia sido eficazísimo á desarrollar su carácter é inteligencia. No era, pues, el Rey una figura decorativa, ni un maniquí á la disposición de sus allegados, sino un hombre de convicciones y muy conocedor tanto de los personajes políticos como de las cosas. Y siendo así, ¿qué cosa más natural de su parte que haberse formado muy alta idea de su prerogativa, que sufrir con impaciencia la oposición, y que desear que los hombres públicos se disgregaran unos de otros, para no depender sino de él única y exclusivamente? Y si halló á su alcance instrumentos apropiados á la ejecución de sus designios, ¿qué cosa más natural que así lo hiciera en el estado en que á la sazón se hallaba el mundo político?

Entónces se dió á luz una especie de reptiles políticos desconocidos ántes en Inglaterra, y que no ha procreado. Eran hombres que no reconocían ningun vínculo político, excepto aquellos que los ligaban al trono. Allí donde se les mandaba, iban á seguida, fuera cual fuese la colectividad política en que hubieran de militar, y así estaban dispuestos en toda ocasión á coligarse con ella, como á separarse, como á minarla el terreno, como á correr á su asalto; que á sus ojos todos los gobiernos y todas las oposiciones eran iguales, y tanto les importaba Bute como Grenville, Rockingham como Pitt, siendo lo único interesante para ellos el Rey, sin que tanta sujeción y amistad á su persona implicara la menor enemiga para otros. No por eso les habia dispensado nunca el Rey la confianza que su padre á Doddigton, y que, andando el tiempo, mereció

Sheridan á su hijo, porque ni cazaban en su compañía, ni comían á su mesa, ni jugaban con él á las cartas. Sólo uno ó dos de estos amigos habia tenido la ocasión de ver á S. M. fuera de los actos oficiales y de las ceremonias públicas; mas no por eso estaba mal y tardíamente informado el bando de sus deseos personales. Ninguno de sus individuos ocupaba puesto de lucimiento en el gobierno ni en los diversos ramos administrativos, siendo necesario buscarlos en aquellos cargos cuyos sueldos eran considerables, corto el trabajo y la responsabilidad nula; cargos que conservaban siempre tranquilos y seguros, mientras los gobiernos se sucedían y se modificaban cinco ó seis veces. Porque su misión, como ya tenemos indicado, no consistía en apoyar al Gabinete contra la oposición, sino al Rey contra el Gabinete, y por tal manera, cada vez que S. M. se hallaba en el trance de dar su asentimiento á un proyecto que le repugnaba, y que sus ministros constitucionales reputaran necesario, podía estar cierto de que sus amigos de la Cámara de los Comunes hablarían y votarían contra la ley y arrojarían en su camino cuantos obstáculos fueran compatibles con las prácticas parlamentarias. Y si el Rey se veía en la necesidad de recibir por su secretario de Estado ó por su primer lord de la Tesorería un personaje antipático, tampoco desperdiciarían sus adictos una ocasión de contrariar ó de humillar al ministro importuno. En buena correspondencia, S. M. los protegía, y era en vano que los ministros se quejaran uno y otro día de las traiciones y dificultades que les hacían y oponían aquellos hombres, porque, ó justificaba á los culpados ó los excusaba, ó si reconocía sus faltas, decía que ántes de tomar ciertas determinaciones con ellos era su



chedumbre de admiradores que le sirve de escolta y lo acompaña con grandes aclamaciones por las calles que conducen á su casa. Preséntase Grenville, y apenas lo reconocen resuena una tempestad de silbidos y denuestos que pone miedo en el ánimo. Vuélvese furioso y ase de uno de los alborotadores con trazas de querer matarlo. Queda todo en silencio un instante, porque si la lucha se traba no es posible prever su desenlace. Por fortuna, el agredido no rechaza con violencia el ataque, y se satisface diciendo: «Si no puedo silbar, podré á lo ménos reirme;» y rompió en una estrepitosa carcajada, dando con ella en rostro á Grenville.

La mayoría fué tan decisiva que todos los individuos de la oposicion, excepto uno, se mostraban dispuestos á dejar pasar la ley sin más resistencia. Pero las observaciones y los ruegos fueron inútiles con Grenville, porque su resolucion se hacia más incontrastable cuanto más hallaba hostil la opinion pública, y quiso mantener enhiesta su bandera tenazmente hasta el fin. A la tercera lectura tuvo con su cuñado Pitt una discusion por extremo acalorada: Pitt habló lleno de fuego contra el hombre que habia querido manchar el armíño de un rey de Inglaterra en la sangre de su pueblo, y Grenville dijo con su rudeza y resolucion habituales que si la contribucion no existiera, la impondria, y en cuanto á los males que pudiera ocasionar, su acusador, y no él, sería responsable de ellos, por haber sido sus prodigalidades la causa de su necesidad en aquel punto, y sus declaraciones contra los derechos constitucionales del Rey, de los lores y de los comunes las que hacian su necesidad más apremiante. «No envidia, prosiguió, los aplausos que recibe; ántes siento grande orgullo de los silbidos de que

soy objeto, atendida la causa. Tanto es así que si la ocasion de mi presente impopularidad no existiera, la provocaria.»

La anulacion de la ley del timbre fué, sin duda, el acto más importante del ministerio de lord Rockingham; mas, á parte de esto, le corresponde tambien la gloria de haber puesto fin á dos costumbres opresivas que llamaron justamente la atencion pública y excitaron sus pasiones en alto grado con motivo del asunto de Wilkes, pues á propuesta del Gobierno se votaron por la Cámara de los Comunes dos proposiciones condenando la práctica de los mandamientos de prision, y el secuestro de papeles en materia de prensa.

Bueno será tambien añadir para honra eterna de lord Rockingham que fué su gobierno el primero que tuviera el valor y la virtud necesarias, al cabo de largos años de corrupcion, para no sobornar los individuos del Parlamento. Y aún cuando sus enemigos lo acusaron, así como á los suyos, de mucha debilidad, de orgullo desmedido y de inspirarse más de lo conveniente y usual en el espíritu de partido, ni la calumnia fué osada nunca en ningun caso á establecer relacion alguna entre su nombre y la palabra soborno.

Por desgracia, con ser su Ministerio uno de los mejores que hayan existido en Inglaterra, fué uno de los más débiles. Los Amigos del Rey lo atacaban y le oponian obstáculos á cada paso; y cuando los ministros acudían á S. M. en queja, el Monarca procuraba contemporizar, atenuar, paliar su conducta, y formulaba promesas ó las renovaba, y luego las eludia, pretendiendo siempre persuadirlos de que habia en el fondo de todo no más que faltas leves y errores de apreciacion ó de concepto. El Rey enten-



dia que lord Rockingham obraría más prudentemente parlamentando con sus contrarios, y si esto no daba resultado, entónces S. M. concertaría el modo de imponerles correctivo eficaz á la primera ocasion. Llegaba esta en seguida; pero Jorge III, en vez de cumplir su promesa, comenzaba de nuevo á disculpar y á prometer para eludir como de costumbre. El sistema era indigno. Mas el Rey decia que puesto se hallaba tan próxima la suspension de las sesiones, más valia esperar el interregno parlamentario para traer á buen camino durante él á los malcontentos, añadiendo que si entónces no renunciaban á sus prácticas, no sería él ciertamente quien los defendiera del justo enojo de los ministros. Sin embargo, S. M. habia resuelto deshacerse de lord Rockingham mucho ántes de que reanudara sus tareas el Parlamento.

Llegamos ahora en nuestra narracion á una parte de ella que no podemos tratar sin pena, por más que admiremos sinceramente, como lo hacemos y declaramos, las grandes cualidades de Pitt, pues tenemos el convencimiento de que así estaba en sus manos entónces dar el triunfo á los *whigs* como á los Amigos del Rey, y que si se hubiera ligado estrechamente con Rockingham, la corte no habria tenido más que una alternativa: los *whigs*, ó Grenville, en cuyo caso la eleccion del Monarca no era dudosa. Porque Jorge III recordaba todavía, lleno de amargura, y no sin sobra de razon, la esclavitud de que lo libertó su tío, y en aquel tiempo le oyeron decir muchos con toda su alma que preferiria ver al diablo en el poder que no á Grenville.

¿Ni qué podia ser parte tampoco á impedir que Pitt se aliara con lord Rockingham? En todas las materias importantes pensaban de idéntica manera:

habian estado conformes y acordes en censurar la paz, la ley del timbre, los mandamientos de prision y el secuestro de papeles; en cambio, los puntos acerca de los cuales no se hallaban acordes eran pocos y de muy escasa importancia. En orden á integridad, desinterés y odio á la corrupcion, no disientian, y sus intereses personales tampoco podian chocar, porque ni pertenecian á la misma Cámara, ni Pitt trataba de ser primer lord, de la Tesorería, cosa que declaró más de una vez categóricamente para no dar ocasion ni pretexto á dudas.

Si no se aprovechó la ocasion de formar una liga útil al Estado y honrosa para cuantos en ella tomaran parte, no fué la culpa de los ministros *whigs*; porque tuvieron con Pitt tantas deferencias, que á no ser hijas del afecto, del respeto y del interés que mostraban por los negocios públicos, habríanse podido calificar con justo título de obsequiosidad servil; llegando el caso de que más de una vez le dejaran entrever que si gustaba de afiliarse con ellos lo recibirian no á título de aliado, sino proclamándolo por su jefe, y demostrándole, además, la consideracion que le tenian en el hecho de nombrar par del reino al hombre que por entónces gozaba de la plenitud de su confianza, el presidente del Supremo tribunal de Justicia. Siendo así, como lo era, en efecto, ¿qué podia separar á Pitt de los *whigs*? ¿Qué habia de comun entre los Amigos del Rey y él para que se prestara de buen grado á sus designios, cuando nada debió en ningun tiempo á la lisonja ni á la intriga, cuando su elocuencia y su celo independiente lograron dominar por el jémore de generaciones consecutivas de ilotas y de agiotistas políticos, cuando habia sido impuesto dos veces por el entusiasmo de un pueblo



de admiradores á un príncipe [que no lo quería].

Desgraciadamente, la corte habia ganado á Pitt á su causa, no por los medios innobles que solia emplear cuando trataba de atraerse hombres tales como Rigby ó Wedderburn, sino con aquel cebo que tan ocasionado era y tan eficaz á sujetar la voluntad de su naturaleza noble hasta en las aberraciones. El Rey, pues, se propuso traer á su partido al único personaje político que fuera capaz de abuyentar los *whigs* sin dejar franco el paso á Grenville y los suyos, pues sólo él podia poner término á las facciones y desafiar la coaliccion de los bandos más temibles y fuertes, así de los *whigs* como de los *tories*, de los Rockingham y de los Bedford como de los Grenville; cosas estas que á vueltas de lisonjas, de muestras de afecto y de seductoras promesas se decian al ídolo de la patria, y que produjeron al cabo el efecto deseado. Porque, áun cuando era noble y elevada el alma de Pitt; áun cuando su elocuencia se hubiera empleado más de una vez contra la corte con formidable resultado; áun cuando sus teorías de gobierno se inspirasen casi todas en la escuela de Locke y de Sidney, siempre consideró con profunda veneracion la persona del Monarca, y desde que se hallaba en presencia del Rey, su imaginación y su sensibilidad se sobreponian á sus principios, su *whiguismo* desaparecia y sólo quedaba en él un *tory* á la manera de lord Ormond. Por otra parte, sin necesidad de más excitaciones que las suyas propias se hallaba Pitt dispuesto y propicio á contribuir de una manera eficaz á la proyectada disolucion de las facciones políticas, pues las veía con notoria repugnancia, y no establecia grandes diferencias entre las cuadrillas de malhechores asociados para robar, y las

agrupaciones de hombres honrados que consagraban sus esfuerzos á la realizacion de grandes ideales ó intereses públicos. Al pensar y obrar así, no se daba cuenta de que sus enérgicos esfuerzos para destruir los partidos sólo serian ocasionados á establecer la supremacia de otro, el más vil y odioso de todos.

Tal vez no hubiera procedido así á gozar de la plenitud de sus facultades, pues á decir verdad, se advertia en él desde algun tiempo ya una manera de sobrecitacion del espíritu nada natural, por más que ninguna sospecha en orden á este punto hubiera trascendido todavía. Pero áun cuando jamás brilló su elocuencia tanto como en las últimas discusiones habidas, luégo comenzaron las gentes á recordar ciertos hechos y cosas que, á ser notados ántes, habrian sido eficaces á dar la voz de alarma. Porque cada dia se hicieron sus costumbres más extrañas, comenzando por aborrecer los sonidos fuertes, como dicen acontecia á Wallenstein, y que siendo el padre de familia más cariñoso, la voz de sus hijos se le hizo insoportable, determinando, para que no lo molestase rumor alguno de vecindad, labrar y comprar viviendas contiguas á la de Hayes, donde se instalaran sus parientes y deudos. Luégo vendió la quinta de Hayes y adquirió una *villa* en Hampstead, y allí volvió á la manía de comprar casas por todos lados para los suyos, rivalizando entónces en gastos con los más opulentos conquistadores de Bengala y de Tanjore. En Burton Pynsent mandó plantar cedros gran parte del terreno; y no siendo posible hallar en el condado de Somerset la cantidad necesaria de ellos, los hizo buscar en Lóndres, encargando se los trajeran sin más tardanza, como así se realizó, trabajando noche



y día y relevándose los portadores en los caminos. Nadie más sobrio siempre que Pitt, y, sin embargo, la profusion de su cocina era entónces para causar sorpresa ciertamente á los mismos epicúreos, porque siempre se hallaban sus criados preparando manjares, en razon á que como tenía el apetito caprichoso, no bien lo sentia, queria satisfacerlo sin demora. Podríamos citar otros muchos ejemplos que, si bien separadamente carecen de importancia, considerados en conjunto y relacionándolos con los extraños sucesos que siguieron, nos autorizan á pensar que su inteligencia sufría de cierta perturbacion ó enfermedad.

Poco despues de haberse cerrado el Parlamento, quedó separado de la direccion de los negocios lord Rockingham, el cual se retiró seguido de todos los amigos fieles, á cuya consecuencia política y lealtad personal rindieron tributo en aquella ocasion hasta la enemiga y el encono más desacordado, pues no solamente abandonaron los puestos que ocupaban, sino que ninguno solicitó ni obtuvo, directa ni ménos indirectamente, merced ni gracia ni pension; desinteres desusado entre los hombres políticos de aquel tiempo. No era su jefe persona dotada de grandes condiciones y circunstancias, y de aptitudes brillantes, pero supo conquistar la fama tan envidiable de honradez que conservó inmaculada toda su vida, y á pesar de dificultades que parecian invencibles abolió grandes abusos y conjuró los peligros de la guerra civil que parecian inminentes. Diez y seis años más tarde y en momentos terribles acudió de nuevo á dirigir los negocios, llamado para salvar la patria que habian puesto en peligro de ruina y estrago la misma obstinacion y perfidia

que fueron partes á crear obstáculos y á derribar su primer Ministerio.

Ocupado en faenas agrícolas se hallaba Mr. Pitt, en el condado de Somerset, cuando recibió una carta del Rey, llamándolo á la corte. Acudió presuroso, y la disposicion irritable de su espíritu y de su cuerpo se agravó más todavia con la rapidez del viaje. Cuando llegó á Lóndres adolecia de fiebre. No obstante, vió á S. M. en Richmond y emprendió la obra de formar Gabinete.

No era, sin embargo, la situacion de Pitt la más ocasionada en aquel caso, y cuando tenia que dirigir negociaciones árduas y delicadas, porque se lamentaba, escribiendo á su mujer, de que las conferencias y discusiones en las cuales tomaba parte tan activa, le producian calentura. Otros afirman á su vez que su lenguaje, áun con aquellos cuya colaboracion habia menester y solicitaba, era por demas extraño, despótico y exigente, citándose al efecto algunas de sus cartas á determinados personajes, redactadas en un estilo que Luis XIV mismo no habia empleado con ningun caballero francés.

Halló Pitt algunas dificultades en realizar su tentativa de disolver los partidos, porque ciertos *whigs* á quienes la corte hubiera querido separar de lord Rockingham rechazaron cuantas ofertas les hizo, y los Bedford, que hubieran roto con Grenville de la mejor votuntad, formulaban pretensiones á las cuales no se prestaba Pitt. A su vez lord Temple, á quien se proponia Pitt ofrecer la Tesorería, estuvo intratable con exceso, efecto tal vez del enfriamiento de relaciones que reinaba ya entre los dos cuñados, ántes tan estrechamente unidos en la prosperidad y en la desgracia política, y separados ahora, éste de aquél porque se opuso á sus propósi-



tos en orden á la ley del timbre; aquél de éste porque se negó en definitiva á secundarlo en su acariciado proyecto de la liga de familia. Y si bien al cabo cedió el Conde, fué para pedir la division por igual del poder, á trueque de separarse de Grenville; pretension que se antojó descomedida y exorbitante á Pitt, quien la rechazó no sin trabar querrela con él. Cada cual permaneció despues fiel á su carácter, envenenando el despecho y la cólera el corazón de Temple, y llenándose hasta rebosar el de Pitt de acerbo y profundo desprecio hácia su hermano político. Temple calificó á Pitt de hipócrita, falso y traidor; y Pitt, á su vez, dijo que Temple no tenía otros títulos á los honores y distinciones que los bienes de fortuna, y el ameno jardín, y el lago, y las quintas de recreo que poseia, y que, á no haberle cabido la dicha de ser cuñado de un grande orador y estadista, nunca hubiera conseguido por sus propios méritos llegar á ciertos cargos de importancia. El concepto tan elevado que tenía de sí propio el futuro lord Chatham, le había perturbado el cerebro y persuadido de que así podia formar gobiernos como regir imperios; extremidad dolorosa ciertamente á que llegó aquel hombre de recta intencion en fuerza de forjarse ilusiones acerca de su talento y demas circunstancias.

A pesar de tantas dificultades consiguió Mr. Pitt formar ministerio á gusto de S. M., es decir, un ministerio en el cual entraron casi exclusivamente los Amigos del Rey, como que aparte de ellos apenas si contaba cuatro individuos que tuvieran costumbre de asociarse para fines políticos. El cargo de pagador general se dividió entre dos personas que ni siquiera se habian saludado ántes, y los puestos principales los ocuparon en su mayor parte ó

deudos de Pitt ó miembros del anterior Gabinete, á quienes persuadieron de que debian continuar en el nuevo, despues de la salida de Rockingham. Figuraban entre los de primera línea el presidente del Tribunal Supremo, Pratt, recién nombrado lord Camden, que aceptó el Gran sello, y lord Shelburne, que fué secretario de Estado; y entre los de segunda, el duque de Grafton, que pasó á ser primer lord de la Tesorería, y el general Conway, que conservó su antiguo puesto en el Gabinete y en la Cámara de los Comunes. Carlos Townshend, que habia figurado en todos los partidos y no se curaba de ninguno, fué canceller de Hacienda, y Pitt, áun cuando se denominó primer ministro, excusó el encargarse de trabajo alguno. El Rey le hizo merced de título de conde bajo la denominacion de Chatham (1), y además quedó bajo su custodia el sello privado.

Inútil nos parece decir que el fracaso, el completo y vergonzoso fracaso de aquella combinacion, no puede ni debe atribuirse á falta de capacidad en las personas mencionadas, pues ninguna carecia de talento, y Pitt, Shelburne, Camden y Townshend eran de reconocida superioridad intelectual; que no consistia el mal en los materiales, sino en el principio mismo que habia servido á manera de argamasa para unirlos. Sin embargo, al mezclar elementos tan contrarios entre sí abrigaba Pitt la firme confianza de poder mantenerlos subordinados á su persona y en armonía perfecta unos con otros. Presto veremos el resultado del ensayo.

El mismo dia que se presentó el nuevo Ministerio á S. M. perdió Mr. Pitt las tres cuartas partes de

(1) Con el condado de Chatham le hizo merced S. M. del vizcondado de Burton-Pynsent.—N. del T.